

## El juguete maldito

Alba llegó a casa, como todas las tardes, tras haber quedado con Jessica. Soltó las cosas encima de la cama y encendió el ordenador.

Nada más conectarse, su amiga le puso la cámara y empezaron a comentar lo que habían hecho ese día. Alba no dejaba de dar vueltas ordenando la habitación.

-¿Entonces, dices, que esta noche te toca cuidar de tu hermana?

-Sí. Mis padres van a celebrar su aniversario de bodas.

En ese momento, su madre apareció por la puerta.

-Nos vamos, ya sabes que tienes la cena en el frigorífico. No pierdas de vista a tu hermana. Dale de cenar dentro de media hora y acuéstala a las nueve.

Alba asintió y más tarde oyó como se marchaban.

-¿Qué es esa cosa tan horrenda? -preguntó Jessica.

-¿El qué?

-Lo que está encima de tu cama.

Alba giró la cabeza y vio un osito de peluche marrón encima de la colcha blanca. Se acercó y lo cogió.

-Que asco. Está cubierto de polvo -comentó.

Con una mano lo sacudió y notó como uno de los botones que hacía de ojo estaba colgando.

-Parece un poco viejo. No me suena de haberlo visto antes.

-Quizás se lo haya dejado tu hermana.

Alba bajó las escaleras y se dirigió al salón donde la pequeña veía la televisión.

-¿Lucía, esto es tuyo? -preguntó mientras le ofrecía el muñeco.

Negó con la cabeza. Alba se quedó mirando al peluche.

-¿Lo quieres?

Lucía alargó los brazos. Alba volvió a la habitación.

-Jessica, te tengo que dejar, nos vemos mañana. -Se despidió y acto seguido apagó el ordenador.

Mientras preparaba la cena, empezó a llover. Lo que parecía algo inofensivo acabó con una tormenta. Alba se dirigió al salón para consolar a su hermana que seguro que se habría asustado con el sonido de los truenos. Pero Lucía no se encontraba allí.

-¿Lucía, dónde estás?

Alba registró todas las habitaciones. No encontraba a la niña y se empezó a inquietar.

-Lucía, si esto es un juego, sal ya porque me estoy cabreando.

Empezó a sonar una canción de cuna que provenía del sótano. Se giró bruscamente y empezó a temblar. ¿De dónde salía esa música? Abrió la puerta del sótano y le dio al interruptor de la luz. No se encendió.

-Perfecto. Otra vez papá se ha olvidado de cambiar la bombilla.

No podía alumbrar con el móvil porque se encontraba en el piso de

arriba, sin batería, como siempre. Bajó las escaleras tanteando. Cuando ya había tocado el suelo, la canción paró de sonar. La luz del pasillo dejó ver una sombra. Alba se giró y vio a su hermana en el principio de las escaleras con el osito de peluche en la mano. La puerta se cerró. Corrió escaleras arriba, tropezando.

-¡Lucía, abre la puerta! -suplicaba mientras la golpeaba.

La puerta se abrió sola al cabo de un minuto y Alba salió con lágrimas en los ojos. No había nadie allí. Se dispuso a encontrarla y regañarla por la broma pesada que le había gastado. Lucía se encontraba sentada en su cama.

-¿Por qué has hecho eso? ¡Se lo voy a decir a mamá y verás como te quedas sin ver la televisión por lo menos hasta que te cases! -la amenazó con un dedo acusador.

Lucía tenía la cabeza agachada y Alba pensaba que se arrepentía. La niña clavó la vista en su hermana. Lucía no era la misma, los ojos se le habían vuelto blancos. Alba retrocedió sin entender lo que estaba ocurriendo. Lucía se dirigió hacia ella sin quitarle los ojos de encima, le cogió el dedo que antes la acusaba y se lo dobló hacia atrás. Ahora, la uña podía tocar la muñeca.

Alba se retorció del dolor y se lo protegió con la otra mano. Miró incrédula a su hermana y hecho a correr. Se encerró en la habitación de sus padres, movió la cómoda hasta atrancar la puerta y se escondió debajo de la cama.

No dejaba de resoplar. Notaba como las piernas le flaqueaban, la cabeza le empezaba a dar vueltas y el dedo roto no le dejaba pensar con claridad.

Lucía golpeó la puerta. Alba escuchó como la cómoda chirriaba, apartándose para dejar paso. ¿Cómo una niña de ocho años podía hacer eso?

Alba había leído libros de sucesos inexplicables y esto era uno de ellos. Lucía estaba bien antes de darle el oso. ¿De dónde había salido?

La puerta finalmente se abrió. Alba aguantó la respiración y se concentró para no gritar del dolor por su dedo roto. Vio como los pequeños pies de su hermana se acercaban.

-¿Alba, dónde estás? -Preguntó con su peculiar voccecita- Me dan miedo los truenos.

-¿Y si ahora vuelve a ser ella? ¿Y si me está mintiendo? -pensaba.

El silencio invadió la habitación. Estaba a punto de salir de su escondite cuando por el lado izquierdo apareció Lucía clavándole los ojos blancos y alargando la mano para atrapar a su víctima.

Alba lanzó un grito que le desgarró la garganta pero no pudo escapar. Lucía se agarraba con fuerza a su tobillo. Como si fuera de papel la tiró hacia atrás pero Alba pudo darle un puntapié en la nariz y salir corriendo escaleras abajo.

Corrió sin cesar y notaba incluso el aliento de Lucía en la nuca. ¿Dónde estaría a salvo de esa cosa a la que llamaba hermana?

Pasó por la cocina y cogió un cuchillo. No quería hacerle daño pero tampoco estaba dispuesta a morir. Luego, cogió el teléfono inalámbrico y se encerró en el cuartillo donde solía trabajar su padre los fines de semana. Marcó, con dedos temblorosos, el

número de la policía. La voz grave de un hombre que rondaría los cincuenta le respondió.

-Policía de Londres, dígame.

-¡Dios santo, envíen una patrulla, algo! ¡Mi hermana se ha vuelto loca, quiere matarme! -suplicó mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas

El teléfono se colgó. Alba lo miró y volvió a marcar.

-El número al que llama no existe. -respondió un aparato.

-¿Cómo que no existe? -casi gritó.

Lucía abrió la puerta, e instintivamente, Alba clavó el cuchillo pero solo le hizo el suficiente daño como para volver a escapar. Se dirigió hacia la puerta de entrada pero ésta no se abría. Alba lloraba sin cesar y contemplaba como la libertad se escapaba más allá de los cristales empañados por la lluvia. Lucía le arrebató el cuchillo y acto seguido le rebanó el cuello a su hermana. Cogió su cabeza, que había rodado hasta la esquina de la cocina, y el cuerpo y subió las escaleras hasta llegar a su habitación, dejando un camino de sangre. Allí colocó el cuerpo en el suelo y se sentó en la butaca donde su madre le solía contar cuentos.

Horas más tarde, los padres llegaron a casa y llamaron a la policía quienes fueron los que encontraron el cuerpo sin vida de Alba y a Lucía sentada en la butaca, meciéndose, con el osito de peluche al lado y acariciando la cabeza de su hermana.

**Laura Morilla García 4ºA**